

bien, no menos común en los años de la tierna adolescencia.

9. Desde que, á los nueve años, hace en Florencia, ante el altar de María, formal voto de perpetua virginidad, puede asegurarse que entró Luis en un período de madurez, propio de la edad perfecta. Si nunca fué niño para la virtud, de allí en adelante fué varón consumado en santidad. No dejó por eso de crecer día por día en aquél que es nuestra cabeza, Jesucristo, según escribe el Apóstol¹; y sus pasos fueron de gigante. No corría, volaba en alas del amor hacia la cumbre de la perfección cristiana. Era la admiración de cuantos le rodeaban, y el asombro de cuantos de cerca le trataban, aun de los mismos santos y grandes personajes de aquella época. San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, encantado de su piedad, le admite antes del tiempo acostumbrado á la primera comunión, que le administra por su mano.

San Luis desplegabá, niño aún, en todas sus acciones un temple de ánimo varonil; pero, en el asunto de la vocación, rayó más alto que en ninguno su energía; y su constancia servirá de alto ejemplo para todos aquellos que deben seguir sin vacilaciones ni respetos humanos la voz de Dios que los llama á su servicio. Y, no que le fuera difícil al joven marqués de Castellón y futuro príncipe del Imperio, desprenderse de mayorazgos y riquezas; todo el punto de la dificultad consistía en vencer la obstinada y, dijérase, excusable y aun legítima resistencia de su padre. Cristiano era ciertamente el buen Don Fernando, como solían serlo todos los señores italianos de aquella época; pero, hombre

¹ Eph. 4, 15.

de corte y educado en la escuela del mundo, no comprendía bastante la sublime doctrina de la renunciación de todo lo terreno para seguir á Cristo, según la palabra evangélica¹, abrazando la vida religiosa en una orden mendicante que hacía voto de rehusar aun las dignidades eclesiásticas. Por otra parte hacíasele muy cuesta arriba al pobre padre desprenderse de tal hijo, en quien había cifrado la esperanza de futuras glorias y acrecentamientos de su ilustre casa. ¿De qué arbitrios no echa mano para estorbarle á Luis la consecución de sus deseos? Caricias de padre y amenazas de señor, blandura y aspereza, desdén y aplazamientos, súplicas, lágrimas, hasta baldones... todo lo ensaya, mas sin fruto. No sabe Don Fernando con qué pecho de bronce ha entrado en lucha. Por fin queda vencido: la constancia de Luis, superior á toda fuerza humana, sale victoriosa al cabo de tres años... ¡Tres años de combatir sin tregua, sin otras armas que la oración y la dulzura! Pocos conquistadores habrán sostenido por tanto tiempo el asedio de una plaza. Y ¿cuál fué el resultado de este triunfo? San Luis se consagra á Dios en el noviciado de la Compañía de Jesús, asegurando por este camino su verdadera felicidad, de antemano señalada por la milagrosa insinuación de María, y recabando también, por el mérito de su sacrificio, la salvación eterna de su padre.

10. Habéis visto, cristianos oyentes, el dechado de la juventud exenta, por obra de la gracia, de las manchas que afean de ordinario la edad de la inexperiencia: ved ahora cómo realza las hermosas dotes que naturalmente la engalanan, y por las que justa-

¹ Luc. 14, 33.

mente es llamada la primavera de la vida. Veréis cómo Luis llega á poseer en el más alto grado las virtudes que, como habla Su Santidad León XIII, *constituyen el ornamento de la juventud*. No seré yo ciertamente del número de aquellos que, para extraviar á la incauta juventud, emplean la vil adulación, haciéndole creer que ella es el nervio, la honra y gloria de las naciones. No, señores; no es así. Mas ¿quién no reconoce de buen grado las bellas cualidades con que plugo á Dios enriquecerla, y que la hacen tan interesante y llena de atractivos? No hablo, por de contado, de las prendas físicas, aunque tan en armonía con las intelectuales y morales: la frescura, el vigor, la agilidad, la gracia, que, no menos que el espíritu, suelen adornar el cuerpo. Otras dotes harto máspreciadas cautivan mi atención. Me encanta sobre manera la ingenuidad y pureza de los sentimientos. El frío cálculo de la perversidad no ha penetrado todavía en su corazón. Si por flaqueza se desliza, el arrepentimiento, tan rápido como la caída, está pronto para curar el golpe; y el corazón, rebosando de franqueza por la boca, se convierte en acusador de sí mismo para reparar el yerro cometido. La juventud no conoce la hipocresía, no oculta el veneno en los repliegues del alma, no es terca ni obstinada. El mal, si por desgracia la inficiona, no ha envenenado todavía sus raíces. El joven ama con ardor la virtud, se entusiasma con ella, aunque se sienta débil para practicarla en todas ocasiones: la imagen del vicio le horroriza, aunque su misma inexperiencia le haga alguna vez sucumbir á los pérfidos halagos de la seducción. Y luego, ¡cuánta generosidad y grandeza en las aspiraciones! La edad de las ilusiones, como no ha medido todavía por sí misma el verdadero tamaño ni la dis-

tancia de los objetos, todo lo ve grande, fácil y hacedero; de allí que por todo, especialmente por lo desconocido, se entusiasme locamente. ¡Locuras de la edad, pero locuras generosas y simpáticas! Por otra parte, ella no se inspira en la sórdida avaricia ni en la soberbia ambición, sino en el afán de crecer, desarrollarse, subir y colocarse de un salto en la cumbre de ese ideal de felicidad y grandeza que se extiende á su vista en deliciosa perspectiva.

11. Ahora bien, hermanos míos: en un niño, en un joven como Luis, privilegiado con dones sobrenaturales, con superiores ilustraciones de fe y vuelos de caridad, aun más que con los ricos tesoros de la naturaleza, ¿qué debía suceder? Que la natural pureza de los sentimientos se transformara en candor de ángel; y la nobleza de las aspiraciones, en la más delicada y ardorosa unión con Dios. Porque, siendo el Ser divino el centro de toda belleza y perfección, apenas por una precoz y clarísima iluminación de la fe conoce Luis á Dios, cuando se siente arrebatado hacia él con todo el ímpetu de esa edad tan apasionada de lo grande, bueno y bello. Guardada, por lo demás, su alma purísima, que parecía ajena al común contagio del pecado, dentro del jardín cerrado de una completa abstracción del mundo, aun viviendo en medio de él, ¡cuánto más en el retiro del claustro de la Compañía! el candor de aquel espíritu no llegó á empañarse un solo instante, ni aquel lirio de pureza perdió un solo átomo de su aroma virginal. ¡Oh! ¡quién pudiera revelar á nuestra vista aquel feliz momento en que, descorridos los velos de la infancia, brilló por la primera vez el rayo de la razón sobre el horizonte de la despejada inteligencia de San Luis! ¡Quién pudiera apreciar los quilates de

aquel primer acto perfectísimo de amor de Dios con que se consagró á su Criador! ¡Singular prerrogativa concedida á muy pocos, la santificación del primer momento de la vida racional! Con esto quedó Dios en plena posesión de esta alma prevenida con tan singulares bendiciones de dulzura. Paraíso de la Divinidad, un ángel guardaba las puertas de sus sentidos, mientras un querubín iluminaba el interior de su mente, y un serafín alimentaba el fuego sagrado en el retrete de su corazón. Dios descansaba con delicia en aquel nuevo y vistoso tabernáculo. Á partir de ese primer acto heroico, de ese arranque generoso de Luis hacia su Dios, su ascensión en la esfera del amor fué la del águila, que se remonta sin parar hasta dominar la inmensidad de los espacios. ¿Hasta dónde llegó Luis Gonzaga en alas de su caridad? Secreto es éste de aquel astro divino que sin cesar lo atraía hacia sí, á través de la distancia infinita que separa la criatura del Criador. Dígalo mejor que yo la seráfica virgen Magdalena de Pazzis, la cual, en sublime raptó, parece haber alcanzado á medir la gloria del angélico joven por la escala de su caridad, pues exclamó con asombro: «¡Qué grande es la gloria de Luis, hijo de Ignacio! ¡La palma de los mártires le pertenece, porque fué mártir oculto de la caridad!...»

Ahí tienes, venturosa juventud, al ángel en carne que envía Dios para que vaya delante de ti mostrándote el camino de la bienaventuranza. *Ecce ego mitto angelum meum qui præcedat te... in via.* ¡Ah! ¡si desde este día te resolvieras á seguirlo! ¡Á qué regiones de luz y de felicidad no te conduciría! No vaciles en tomarlo por modelo; pero invoca al propio tiempo su poderosa protección, porque él es el ángel tutelar de

la cristiana juventud: *angelum meum, qui custodiat te...* Esto veréis brevemente en la segunda parte.

II.

12. Que la niñez necesite de tutela, y la juventud de amparo y protección, es una verdad de sentido común que nadie osaría poner en discusión. Pues ¿qué? ¿puede ella marchar por sí sola con pie firme por el arduo camino de la felicidad? ¿no necesita, tanto en lo moral como en lo físico, de guía, de ayuda y de sostén? Se dirá que la juventud es fuerza viva, y fuerza incontrastable: sea enhorabuena; pero ¿acaso la fuerza no necesita también de ojo que la dirija, y de brazo que la sostenga? Por esto ha puesto el Criador acá en la tierra la sombra de esos ángeles del hogar, los padres de familia, protectores naturales del hombre durante el no corto plazo de la adolescencia. ¡Desgraciado del huérfano que carece de esa dulce sombra, cuando apenas está dando los primeros pasos por la senda de la vida! Fuera del hogar, ahí están esos otros ángeles de la escuela, encargados de ilustrar la inteligencia y dirigir la voluntad, bajo cuyo gobierno y paternal cuidado pueda la juventud desplegar ampliamente las grandes facultades que la adornan. ¡Pluguiera á Dios que todos los institutores se penetrasen bien de la dignidad de su ministerio de ángeles! Sobre todos esos medios del orden natural está la mano pródiga y el ojo maternal de la Iglesia de Cristo, siempre atenta de preferencia á conducir por rumbo cierto á esa querida porción de la humana familia, la más menesterosa de sus solícitos desvelos. Y, si todo eso no basta, ahí están en el cielo legiones innumerables de ángeles dispuestos á cobijar la juventud bajo la sombra de sus

alas. *Sus ángeles*, dice Jesucristo, *están siempre contemplando el rostro del Padre celestial*¹. Como las constelaciones celestes envían sus benignos influjos á la tierra, así los ángeles, astros de aquella *alma región luciente*², están destinados por el supremo Ordenador del universo para servir de guardianes y tutores á los frágiles mortales. Así lo canta la Iglesia en sus himnos³. ¡Gran protección para el hombre! tanto mayor cuanto que en este noble ministerio ellos no hacen más que representar la persona del Padre celestial, como fieles ministros de la Providencia. Investidos, por consiguiente, de poderes divinos, tienen saber y virtud bastantes para desempeñar el alto encargo de amparar á sus recomendados. Éstos les deben á su vez amor, confianza y reverencia.

13. Y aquí descubris, amadísimos oyentes, los fundamentos en que estriba el reconocido patronato de San Luis Gonzaga sobre la juventud. Porque, si á los ángeles corresponde la misión de proteger á los jóvenes, ¿cómo no le corresponderá esa misma al angélico San Luis? El mundo á una voz le proclama *ángel en carne humana*; la Iglesia católica le aplica las palabras del Real Profeta: *Hicístelo poco menor que los ángeles*⁴; por la pureza incomparable de su cuerpo bien puede mirársele como adornado anticipadamente de las dotes gloriosas de los cuerpos espirituales, y, por lo tanto, de condiciones angélicas, según la afirmación del Salvador: *Erunt sicut angeli Dei in celo*⁵. Todo, en fin, concurre para hacernos formar de este joven extra-

¹ Matth. 18, 10.

² Fr. Luis de León.

³ «Custodes hominum psallimus angelos...»

⁴ Ps. 8, 6.

⁵ Matth. 22, 30.

ordinario un concepto que, más bien que de hombre, expresa la índole y fisonomía del ángel, aunque revestido de formas humanas. Es, pues, incontestable el título de patrono de la estudiosa juventud, solemnemente decretado á Luis por el infalible oráculo de la Cátedra Apostólica. Y no lo es menos el derecho que hoy asiste á la cristiana juventud para acogerse á la sombra de las alas de este su ángel tutelar, designado por Dios para guardarla en los caminos de la vida. ¡Oh! ¡si supiese la pobre juventud aprovecharse de tan alto patrocinio!

14. Copiosos y riquísimos frutos de esa correspondencia de afectos entre San Luis y la juventud serían, al decir de León XIII, los bienes espirituales que ella recogería de la protección y de la imitación de su amable patrono. Al fijar en ese modelo de virtudes su mirada cariñosa y ardiente, toda alma de joven bien nacido no podría menos de sentirse dulcemente estimulada á copiar en sí misma esas gloriosas acciones que tanto la elevan y ennoblecen, y ardería en santa emulación de poseer esas virtudes que, cual brillantes joyas, embellecen su frente pura y arrogante. Virtudes como las de San Luis son el verdadero ornamento de la juventud cristiana. Los vicios contrarios la afean y envilecen de un modo lastimoso; y, por lo que hace á la sociedad, cortan en flor sus más legítimas y caras esperanzas. Cuantos se interesan por el porvenir de las naciones, ó siquiera abrigan alguna simpatía por la juventud, deberían en la hora presente, en que el cristianismo celebra el centenario del joven santo, despertar á todos los jóvenes y niños, diciéndoles á gritos: ¡Mirad á vuestro protector! ¡Contemplad vuestro modelo! ¡Qué simpático es su rostro! ¡qué bellos y gloriosos sus

ejemplos! ¡Mirad de hito en hito los resplandores apacibles de su gloria! Un trono de luz allá en el cielo, y las caricias de los ángeles al ángel de la tierra; acá un trono de amor y de respeto, fabricado por millares de corazones que le aman tiernamente; espléndidas ovaciones, suntuosísimas fiestas, cánticos sonoros, olas de incienso, regocijo universal... ¿os parece pequeña recompensa, amados jóvenes? Pues, todo eso es la menor parte de su gloria, de la gloria y honor con que Dios lo ha coronado. De aquélla que disfruta el bienaventurado Luis en el seno de la Divinidad, la lengua humana no puede dar idea, el corazón cristiano la presente, el joven virtuoso la ambiciona. ¡Santa y feliz ambición que siembra sacrificios para coger laureles de verdor inmarcesible! Así sea.

